

# Discurso de contestación

por el ACADÉMICO NUMERARIO

D. CLEMENTE PALENCIA FLORES

EXCELENTÍSIMAS AUTORIDADES,  
ILUSTRÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS,  
SEÑORAS Y SEÑORES:

Sólo un poeta de altos vuelos — como lo es Don Fernando Allué — es capaz de trazar esta antología sobre los motivos poéticos que unen a Toledo con la literatura española.

Porque a través de estas citas abundantes no hay trozos dispuestos por la mano del erudito que elige friamente pasajes y versos para el comentario filológico o estilístico. Por el contrario, se unen armoniosamente los seis temas elegidos alrededor de Toledo y su río; Toledo y sus reyes; Toledo y San Ildefonso.

Con la estampa medieval del santo — flor olorosa en los versos de Berceo — hace armónico contraste el lenguaje fogoso de Garcilaso, el ponderado sentir de Lope y la desbordada fantasía de Don Luis de Góngora.

De gran importancia para Toledo y para las Letras Españolas es este discurso; labor de un orfebre que manipula con materias preciosas, y no golpe de yunque que martillea con aspereza de crítico sobre esa producción fascinante del hombre que se llama el verso.

Y no es de extrañar esta ponderada visión de las cosas cubiertas con el ropaje de una poesía sutil, separada de lo vulgar, de rico léxico, de elegante sintaxis. Siguiendo una tendencia que comienza con el rey Sabio, que lo mismo manejaba las tablas de cálculo que las cadencias provenzales, Enrique de Villena, Torres Villarroel o Don José Echegaray, sabe también unir el Sr. Allué Morer su preparación en cuestiones económicas con su vocación indiscutible de poeta.

Licenciado en Ciencias Históricas por la Universidad de Valladolid, realiza paralelamente estudios de Economía. Obtiene,

adolescente aún, premios de poesía otorgados en años sucesivos por el Ayuntamiento y Ateneo de su ciudad natal.

Sabe cantar ya en aquel libro de su juventud titulado: *El Cid en Cardaña y otros poemas*, a los héroes significativos de nuestra raza, y poner flores compasivas en un paisaje de abrojos:

*Paisaje de Castilla - tierra parda,  
viejos chopos sombríos,  
cauce del Duero hondo,  
mancha verdosa de confusos pinos...*

En este libro, bastante mejor de lo que su autor cree, se encuentran las primeras poesías del Sr. Allué.

A partir de esos años data su conocimiento con Pedro Salinas y su entrañable amistad con Jorge Guillén. Coincide con el primero en la elegante y elaborada factura del verso, en la exquisita sensibilidad lírica. Con Jorge Guillén le unen razones más imperativas por ser también de Valladolid; por rendir ambos culto grande a Góngora, por tomar como punto de partida los nuevos motivos de Juan Ramón Jiménez. En 1925, conoce personalmente a este poeta cuando cerraba el segundo ciclo de su acusada personalidad literaria, y un año más tarde —a principios de 1926— tiene ocasión de tratar a Federico García Lorca: fué uno de los primeros oyentes de los romances incomparables del poeta granadino, dos años antes de deslumbrar el horizonte literario con su *Romancero gitano* (1928), poema de las esencias del cante jondo.

Mérito extraordinario de cualquier poeta de esos años era poder huir del verso hueco, vulgar, de los que se aproximaban a Carrere; poesía decadente con restos de las últimas migajas de Rubén Darío, con motivos de bohemia, de manifiesta tosquedad literaria.

Por el contrario, Fernando Allué tiene la suerte de vivir en los mejores climas poéticos; colabora en las revistas más significadas, juveniles y famosas, como *Parábola*, *Dos*, *Papel de Vassar*, *Meseta*, *Ciprés*, *Manantial*, *Alfar*, y, sobre todo, en *Verso y prosa*, que reúne las figuras nuevas más destacadas de la época.

En esta fecunda década que abarca desde 1922 a 1932, vemos obras que guardan una temática y un contenido muy semejantes a los que cultiva el Sr. Allué Morer; por ejemplo, el libro de Luis Cernuda, de indudable influencia de Jorge Guillén, titulado *Per-*

*fil del Atre* (1925), y la fina melancolía de Vicente Aleixandre en su *Pasión de la Tierra*.

Pero cuando su honda preparación poética le hubiese exigido seguir la evolución de estos enamorados de la «poesía pura», que iban abandonando el culto de Góngora para mirar a Garcilaso, deja el Sr. Allué totalmente las letras, se traslada a Madrid, y se entrega a trabajos de economía.

Llega en 1940 a Toledo, y al contacto de este maravilloso recinto de evocaciones, despierta su lira cólica para publicar un libro de bellísimos sonetos, que titula *Con artificio de las altas ruedas*.

La pluma de Don Gregorio Marañón —el estilista definitivo de nuestros días— escribe como prólogo estas palabras:

«Ha venido a Toledo un poeta. Llega de la vieja Castilla. Se llama Fernando Allué. Ha tardado algún tiempo en darse cuenta de dónde estaba. La ciudad se lo tragó y vivía sumergido en ella, como alucinado. Iba y venía a su quehacer y lo que veía se iba clavando en su sensibilidad: desde el cielo de increíble profundidad azul, hasta aquella casita blanca que aparece cada día cuando cruza «al regreso del trabajo...» Desde entonces, el poeta de la Tierra de Campos, muchas noches, en catorce versos impecables, hace vivir ese detalle revelador de lo que los viajeros... habían visto tantas veces sin saber que tenía un alma viva y prodigiosa».

Desde la publicación de aquella obra se fué destacando el nombre de su autor. Si Bécquer había cantado nuestras iglesias dormidas en fervorosa penumbra, balcones y nidos, arpas solitarias y ángulos oscuros, pálidas estatuas de enamoradas, blancas manos de novicias, nos revelaba el Sr. Allué terrazas y jardines, patios y cuevas; los nombres de las mujeres toledanas: Constanza, Leocadia, Casilda y las vírgenes de nuestras romerías.

Por si aquel homenaje de lírico y deslumbrante contenido fuese poco, publica en este año su última obra, titulada *Púrpura del Aire*, que comienza con una serie de «romances en Toledo» y termina con un precioso soneto dedicado a la misma ciudad.

Por unánime aclamación, esta Corporación, compuesta de hombres que velan por los intereses literarios, históricos y artísticos de Toledo, propuso su nombre para que viniese a compartir con nosotros esta labor callada y erudita que venimos realizando, y lo acertado de esta elección ha quedado hoy bien manifiesta.